

El Estado mágico y el occidentalismo

Fernando Coronil*

Nunca levantamos muchas salas de teatro en este país. ¿Para qué? La estructura principista del poder fue siempre nuestro mejor escenario. ... ¿De dónde sacamos nuestras instituciones públicas? ¿De dónde sacamos nuestra noción de "Estado"? De un sombrero. De un rutinario truco de prestidigitación. ... La aparición del petróleo como industria creó en Venezuela una especie de cosmogonía. El Estado adquirió rápidamente un matiz "providencial". Pasó de un desarrollo lento, tan lento como todo lo que tiene que ver con la agricultura, a un desarrollo "milagroso" y espectacular. ... Un candidato que no nos prometa el paraíso es un suicida. ¿Por qué? Porque el Estado no tiene nada que ver con nuestra realidad. El Estado es un brujo magnánimo. ... El petróleo es fantástico y por lo tanto induce a lo "fantasioso". El anuncio de que éramos un país petrolero creó en Venezuela la ilusión de un milagro. Creó en la práctica la "cultura del milagro". ... La riqueza petrolera tuvo la fuerza de un mito. ... Betancourt, Leoni y Caldera no fueron demasiado lejos en ese "sueño venezolano" porque la realidad presupuestaria lo impedía. Seguíamos siendo ricos, pero no tan ricos. Pero vino el otro Pérez, Carlos Andrés Pérez, y allí sí encontramos la frase que nos definía. Estábamos construyendo La Gran Venezuela. Pérez no era un presidente. Era un mago. Un mago capaz de dispararnos hacia una alucinación que dejaba pequeñas las fanfarronadas del perezjimenismo. ... Pérez Jiménez decretó el sueño del Progreso. El país no progresó, desde luego. El país engordó... [El gobierno de] Pérez Jiménez fue un debut; [el de] Carlos Andrés Pérez, una reprise.

José Ignacio Cabrujas

Tiene sentido que José Ignacio Cabrujas, un aclamado autor de obras teatrales y series de televisión, íntimamente familiarizado con formas locales de la fabulación venezolana, se haya convertido en uno de los comentaristas políticos más agudos del país. Invitado por la Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copre) a

* En: Coronil, Fernando. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Introducción, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela – Nueva Sociedad, Venezuela, 2002, pp. 1-20.

expresar sus puntos de vista sobre la política venezolana,¹ Cabrujas llama la atención sobre algo evidente y, no obstante, ausente del análisis social: la deificación del Estado en la vida política contemporánea de Venezuela.²

Al reflexionar sobre espejismos vividos colectivamente, Cabrujas relaciona la apariencia providencial del Estado con su materialidad terrenal, y subraya los efectos culturales y políticos de su extraordinaria riqueza financiera. Como si quisiera reconocer, y al mismo tiempo desautorizar, la exaltada autorrepresentación del Estado, señala que éste en Venezuela es un "brujo magnánimo" dotado de poder para reemplazar la realidad por ficciones fabulosas apuntaladas por la riqueza petrolera. "El petróleo es fantástico y por lo tanto induce a lo 'fantasioso'", dice Cabrujas. Su capacidad de despertar fantasías permite a los líderes estatales hacer de la vida política un encandilador espectáculo de progreso nacional mediante "trucos de prestidigitación". Los representantes del Estado, esto es, las encarnaciones visibles de los poderes invisibles del dinero petrolero, aparecen en el escenario estatal como magos poderosos que extraen la realidad social, desde instituciones públicas hasta cosmogonías, de un sombrero.

Una versión oficial de la cosmogonía política venezolana ha logrado definir la visión pública del pasado de la nación. Según esta visión, el nacimiento de la modernidad nacional se produce con la muerte del general Juan Vicente Gómez, en 1935, cuando terminan sus 27 años de dictadura. La muerte de Gómez liberó a Venezuela del yugo de un gobierno personalista y permitió emprender un proceso de democratización solo interrumpido por la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez (1948-1958). Después de 1958, el proceso condujo a la consolidación del sistema democrático más duradero de la América del Sur. Según este recuento, mientras Gómez mantuvo al país atrapado en un pasado arcaico, Pérez Jiménez creó un

¹ El presidente Jaime Lusinchi decretó la creación de la Copre el 17 de diciembre de 1984, con el objetivo de promover la democratización del Estado. Para un análisis de la Copre que la ubica en el contexto de diversos intentos de reformar el Estado venezolano, v. Gómez Calcaño y López-Maya (1990: 57-116).

² Philip Abrams sostiene que el análisis social tiende a reproducir la apariencia divina del Estado como fuerza unificada y autocentrada (1988). En el caso venezolano, esta apariencia se ve reforzada por la riqueza fiscal, que proviene sobre todo de los ingresos petroleros y no de los impuestos, lo que permite al Estado encarnar poderes que parecen emanar de sí mismo. (Para un comentario sobre los puntos de vista de Abrams, v. el capítulo I). Para el análisis de los efectos intersubjetivos de las relaciones de poder, el concepto weberiano de carisma, en particular en sus versiones más sociológicas y antropológicas (Shils 1965; Tambiah 1984), arroja luz sobre la deificación del Estado. El concepto marxista de fetichismo del Estado abarca la fenomenología del poder político y su dinámica social subyacente. Para un agudo análisis del concepto marxiano de fetichismo, v. Pietz (1993); para un intento de aplicar el concepto de fetichismo al Estado, v. Wells (1981).

oscuro interregno que interrumpió brevemente el proceso democratizador puesto en marcha con la desaparición de Gómez.

Contra lo generalmente aceptado, solo en forma parcial Cabrujas se hace eco de esta historia oficial. En lugar de concentrarse de modo exclusivo en los regímenes democráticos, escoge dos momentos de la autoconformación del Estado como agente del progreso moderno: el gobierno dictatorial de Pérez Jiménez, al cual describe como el "debut" del "sueño del Progreso"; y la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez (1974-1979), que representa, según Cabrujas, la "*reprise*" alucinante de ese mito. Aunque Pérez Jiménez era un dictador militar y Pérez un líder democrático, Cabrujas sugiere que ambos promovieron el mito del progreso con más fuerza que otros presidentes, y que gobernaron en periodos de riqueza fiscal y estabilidad política extraordinarias.

A pesar de sus diferencias, estas visiones oficiales y anecdóticas del pasado de la nación se centran en el mismo periodo "moderno" posterior a 1935. Uno de los trucos de prestidigitación más efectivos realizados en Venezuela ha consistido en relegar a Gómez al periodo "de atraso" del pasado venezolano. Al caracterizar su gobierno como encarnación de lo primitivo, los regímenes posteriores se han presentado, por contraste, como representantes de la modernidad. De este modo han encubierto que sus bases se asientan en el régimen de Gómez, con el que comparten la dependencia de la economía petrolera y la extraordinaria personalización del poder del Estado. Como veremos, fue durante el régimen "tradicional" de Gómez, no obstante, que se tornó posible imaginar Venezuela como una nación petrolera moderna, identificar al gobernante con el Estado y representar al Estado como agente de la modernización. Que incluso Cabrujas haya olvidado a Gómez es sintomático, pienso, de una amnesia colectiva que envuelve a la versión predominante de la historia venezolana.³

Lo olvidado filtra lo que se recuerda. El poder de persuasión de un recuento histórico depende, como el de un acto de magia, de que los artificios de su producción se mantengan ocultos. Al igual que la historia, que de modo ambiguo se refiere tanto a la memoria selectiva de relatos sobre el pasado, como a éste en su totalidad, la magia

³ Sin embargo, Cabrujas reconoce que Gómez marca el inicio de la rápida transformación económica que condujo a la identificación del Estado con el Gobierno. "En Venezuela el Estado es el Gobierno", dice Cabrujas. Esta identificación se produjo de modo tan natural como el "crecimiento" de la economía. Según Cabrujas, desde el gobierno de Gómez hasta el de Luis Herrera Campins, Venezuela "crecía económicamente casi como los ciclos de la naturaleza", sin ser responsable de su propio crecimiento (1987: 19).

alude a una realidad extraordinaria, pero también a una presentación selectiva de elementos que provoca una ilusión de existencia mediante invisibles manipulaciones apoyadas en la distracción y la diversión. Como la historia, la magia pende entre la ficción y los hechos, entre los trucos y la verdad. En *La historia oficial*, película argentina sobre el terror de Estado y la memoria histórica, Gabriela, hija adoptiva (en realidad apropiada de padres desaparecidos), el día de su cumpleaños (que se celebraba, por cierto, en la fecha de su adopción) le pregunta al mago de su fiesta: "¿Usted es un mago de trucos, o de verdad?". Como sugiere el filme, con el mero hecho de plantearse, la pregunta abre un espacio para explorar el juego de ilusión y verdad de la magia y de la historia, porque recuerda que ambas se producen, como la memoria misma, mediante actos de representación.

En este libro examino la aparición del Estado venezolano como agente trascendente y unificador de la nación. Sostengo que la deificación del Estado tuvo lugar como parte de la transformación de Venezuela en nación petrolera que, en tanto tal, se percibía como una nación con dos cuerpos: un cuerpo político compuesto por sus ciudadanos y un cuerpo natural cuya materia era su rico subsuelo. Al condensar en sí los múltiples poderes dispersos en los dos cuerpos, el Estado apareció como un agente único dotado del poder mágico de rehacer la nación. El arduo establecimiento de la autoridad estatal tuvo íntima relación con la explotación petrolera. A lo largo del siglo XIX el frágil Estado venezolano, crónicamente asaltado por caudillos regionales, fue incapaz de imponer su control sobre el fragmentado territorio nacional. Solo cuando se transformó en mediador entre la nación y las compañías petroleras foráneas, a principios del siglo XX, fue que el Estado adquirió la capacidad política y los recursos financieros que le permitieron aparecer como un agente independiente capaz de imponer su dominio sobre la sociedad. De ahí que el propio Estado se haya originado como un conjunto de prácticas, instituciones e ideologías de gobierno en el curso de las pugnas relativas a la regulación de la producción petrolera y el control del dinero procedente de ella. Este control le permitió transformarse a medida que ampliaba el ámbito de su actuación: el control sobre la producción del sector de los minerales y su procesamiento (petróleo, gas, productos petroquímicos, bauxita, hierro, acero, alúmina, aluminio y productos industriales relacionados); la regulación y la promoción de la actividad económica privada (la determinación de las tasas de interés, el establecimiento de tarifas aduaneras, la concesión de licencias, la aprobación de subsidios, la determinación de precios y salarios, etc.); y el establecimiento de un control central sobre un número de otros sectores, desde la educación (p.ej., la definición del contenido de la currícula y la estructura de los exámenes finales) hasta

el transporte y las comunicaciones (la distribución del papel destinado a la prensa gráfica y el arriendo de frecuencias a estaciones de radio y televisión).

Transformado así en un petroestado, el Estado venezolano llegó a tener en sus manos no solo el monopolio de la violencia política, sino también el de la riqueza natural. El Estado ha ejercido este poder de forma teatral, garantizando el consentimiento mediante el despliegue espectacular de su presencia imperiosa: trata de conquistar, no de persuadir. En este sentido, como el Estado imperial español analizado por José Antonio Maravall (1986), el venezolano se ha constituido como una fuerza unificadora mediante la producción de fantasías de integración colectiva en instituciones políticas centralizadas. Como heredero de la cultura del barroco, el Estado venezolano "cautiva mentes" mediante formas culturales muy retóricas que buscan el consentimiento del público dejándolo, en palabras de Godzich, boquiabierto (1994: 79). Sujeto al encantamiento de la cultura barroca, "el público ni participa ni internaliza los argumentos: es conquistado, subyugado, arrastrado por el flujo persuasivo de la retórica" (ibíd.). El Estado venezolano tiende a deslumbrar mediante las maravillas del poder, no a convencer mediante el poder de la razón, por cuanto ésta se transforma en ingrediente del espectáculo amedrentador de su imperio. Con la fabricación de deslumbrantes proyectos de desarrollo que engendran fantasías colectivas de progreso, lanza sus encantamientos sobre el público y también sobre los actores. Como "brujo magnánimo", el Estado se apodera de sus sujetos al inducir la condición o situación de receptividad para sus trucos de prestidigitación: un Estado mágico.

En los capítulos que siguen analizo la formación histórica del Estado durante tres periodos críticos: la larga dictadura del general Juan Vicente Gómez (1908-1935), el gobierno militar del general Marcos Pérez Jiménez (1948-1958) y la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez (1974-1979). He tomado prestadas las imágenes dramáticas de Cabrujas, por lo que he dividido mi exposición en cuatro actos: la "premiere" de Gómez, en la parte I; el "debut" de Pérez Jiménez, en la parte II; la "reprise" de Carlos Andrés Pérez, en la parte III; y la "secuela" del drama, en la parte IV. Con excepción de la introducción y conclusiones, cada capítulo se centra en ciertos temas y coyunturas históricas en las que el Estado definió e intensificó la concreción del "sueño venezolano". Como apunta Cabrujas, otros presidentes (incluidos los principales arquitectos de la democracia venezolana, Rómulo Betancourt y Rafael Caldera) "no fueron demasiado lejos en ese 'sueño venezolano' porque la realidad presupuestaria lo impedía. Seguíamos siendo ricos, pero no tan ricos" (1987: 19). Al

concentrarme en periodos de intensa mitificación del progreso, brindo una interpretación de la dinámica de la transformación histórica en Venezuela que se opone a los recuentos dominantes no solo de su historia moderna, sino de la modernidad misma.

En la parte I ubico la omisión de Gómez en círculos concéntricos de olvido, que vinculan amnesias nacionales y globales como dimensiones interconectadas del proceso de formación nacional en todo el planeta. El primer capítulo constituye una introducción amplia, contiene un análisis teórico de temas que trato de efectuar mediante narrativas históricas y etnográficas en los capítulos posteriores. El capítulo se centra en la supresión de la naturaleza en las corrientes dominantes de la teoría social y evalúa el significado de esta desaparición para la comprensión de la división del mundo entre centros modernos y periferias atrasadas. Sostengo que esta amnesia en relación con la naturaleza ha implicado también el olvido del papel de la "periferia" en la formación del mundo moderno, un activo "silenciamiento del pasado" (Trouillot 1995) que reinscribe la violencia de una historia hecha a expensas del trabajo y los recursos naturales de pueblos relegados a los márgenes.

A fin de analizar la significación del petróleo para la formación del Estado venezolano y dar cuenta de su valor monetario, desarrollo un enfoque para el análisis de sociedades que dependen de la exportación de uno o pocos productos primarios. Mediante un examen de teorías sobre el subdesarrollo, opiniones neoclásicas sobre los recursos naturales, la teoría marxista del valor y un estudio de la evolución de los precios del petróleo durante este siglo, me separo del problema de la magnitud y la dirección de los flujos de valor (la problemática del intercambio desigual, que es objeto de la mayoría de las teorías sobre el subdesarrollo) y llamo la atención sobre las divisiones globales del trabajo y la naturaleza implicadas en la creación del valor. Al tratar la creación del valor como un proceso que supone tanto la formación de sujetos como la producción de bienes, ubico los campos asociados normalmente con la cultura, la política y la economía en un campo de análisis unificado. Mediante el desarrollo de un enfoque unificador, intento examinar la constitución histórica de sujetos como parte de la formación de un mundo objetivado de instituciones y creencias sociales, y ver la historia que los forma como criaturas históricas, a la vez, como la fuente que nutre su actividad de protagonistas de la historia.

La mayoría de los analistas separan a los países del Tercer Mundo exportadores de petróleo del resto de los países tercermundistas, dada su excepcional

riqueza financiera. Por supuesto, estos países petroleros comparten rasgos estructurales distintivos respecto de otras naciones periféricas, los cuales no solo se derivan de su riqueza financiera, sino también de la centralidad del Estado en sus economías.⁴ Lo que me resulta sorprendente, sin embargo, es hasta qué punto las naciones exportadoras de petróleo nos pueden ayudar a discernir la situación que comparten la mayoría de los países del Tercer Mundo en virtud de su posición como exportadores de productos primarios que dependen de la renta del suelo (ingresos cuya base es la tierra).⁵ La magnitud de esas rentas puede variar mucho, dependiendo de factores como el tipo de producto exportado, los patrones de producción y demanda globales, y la competencia de productos alternativos. Esas rentas pueden provenir de diferentes estructuras productivas y de distintos tipos de vínculos entre la economía local y la global, según la ya clásica distinción entre enclaves bajo control extranjero y sectores de exportación controlados nacionalmente (Cardoso y Faletto 1979). Pero esas rentas contribuyen a establecer patrones similares de especialización interna y de dependencia externa que consolidan el papel de las naciones del Tercer Mundo, como lo que llamo sociedades exportadoras de naturaleza. Aun cuando estas naciones traten de romper su dependencia colonial de las exportaciones de productos primarios mediante la puesta en práctica de planes de desarrollo dirigidos a diversificar sus economías, por lo general se apoyan para hacerlo en la divisa obtenida mediante la exportación de productos primarios, con lo que intensifican su dependencia de los mismos. Paradójicamente, al tratar de aprovechar su ventaja comparativa, estas naciones exportadoras de naturaleza a menudo vuelven a asumir su papel colonial de fuentes de productos primarios, papel ahora reescrito en términos de la racionalidad neoliberal del capitalismo globalizante. Para ellas, al poscolonialismo sigue el neocolonialismo.

La dependencia de la mayoría de los países del Tercer Mundo de unos pocos productos primarios de exportación los somete con frecuencia a ciclos similares de auge y crisis, sea el producto de exportación el azúcar, como en los casos de Cuba y de Puerto Rico durante la "danza de los millones" tras la Primera Guerra Mundial; sean carne y granos, como en la Argentina de la *belle époque*; sea el guano, como en el próspero Perú de mediados del siglo XIX; sea el petróleo, como en la mayoría de las naciones petroleras (los ejemplos podrían fácilmente extenderse a otros productores

⁴ De modo similar, un analista sostiene que "culturalmente, Venezuela pertenece a la América Latina; estructuralmente, su economía y sus patrones de estabilidad e inestabilidad se asemejan más a los de otros países productores de petróleo relativamente populosos como Argelia, Irán y Nigeria" (Karl 1995: 34).

⁵ Examinó en detalle la categoría de renta del suelo en el capítulo 1

de productos primarios de la América Latina, Asia y África). Los auges de la exportación tienden a sobrevalorar la moneda nacional, promover importaciones de bienes manufacturados y socavar los sectores productivos dirigidos al mercado interno. Los economistas que estudiaron la erosión de las manufacturas holandesas como resultado de la rápida expansión de la producción de gas en el Mar del Norte, llaman a este fenómeno la "enfermedad holandesa", o síndrome del petróleo. No obstante, la enfermedad holandesa solo ataca de manera ocasional a las resistentes economías diversificadas del Primer Mundo, pero constituye una epidemia de las economías monoproductoras. Dado que se trata de una plaga colonial que deformó al Tercer Mundo hasta convertirlo en un conjunto de países exportadores de productos primarios estrechamente especializados, la enfermedad holandesa debería rebautizarse y adoptar el nombre de enfermedad del Tercer Mundo o enfermedad neocolonial.⁶

Recordar la naturaleza -reconocer teóricamente su significación histórica- nos permite replanteamos las historias dominantes del desarrollo histórico de Occidente y poner en tela de juicio la idea de que la modernidad es hija de un Occidente autopropulsado.⁷ Una naturaleza reconceptualizada nos permite incluir en nuestros recuentos históricos no solo un conjunto más diversificado de actores históricos, sino también una dinámica histórica más compleja. Nos da la posibilidad de sustituir lo que Lefebvre llama la dialéctica "osificada" del capital y el trabajo por una dialéctica del capital, el trabajo y el suelo (siguiendo a Marx, Lefebvre denomina suelo no solo a los poderes de la naturaleza, sino a los agentes asociados a ella, incluido el Estado que ejerce la soberanía sobre un territorio nacional). La dialéctica de estos tres elementos nos ayuda a ver el Estado terrateniente como un agente económico independiente y no como un mero actor político estructuralmente dependiente del capital; y a conceptualizar el capitalismo como un proceso global que forma centros y periferias en íntima relación, y no como un sistema autogenerado que se expande desde regiones modernas y activas, y engulle sociedades tradicionales y pasivas.

Al ampliar los referentes sociales y geográficos del capitalismo, esta perspectiva descentra concepciones eurocéntricas que identifican la modernidad con las formaciones culturales metropolitanas y relegan a la llamada periferia al terreno de

⁶ Para estudios sobre la enfermedad holandesa, v. Corden y Neary (1982); Buitier y Purvis (1980); y Wijnbergen (1984).

⁷ Siguiendo la línea iniciada por Hegel, pensadores tan diversos como Habermas (1987), Taylor (1989) y Giddens (1987) consideran la modernidad como un fenómeno europeo. Para una crítica de este punto de vista desde una perspectiva latinoamericana, v. Dussel (1993).

lo premoderno. Al considerar la modernidad metropolitana como un producto regional de las interacciones entre el "centro" y la "periferia", la reasume como su forma dominante y no como su norma universal (autoproclamada). A su vez, al reconocer el papel de la periferia en la conformación del mundo moderno, esta perspectiva nos permite acercarnos a ella como el lugar de modernidades subalternas y no como a una región donde el progreso occidental abraza a culturas tradicionales.

En el segundo capítulo examino las transformaciones que hicieron de Venezuela una nación petrolera durante la dictadura de Gómez. Con su gobierno, el poder político comenzó a tener su base en el control estatal sobre la explotación del subsuelo. Al hacer depender de fuentes independientes de riqueza las iniciativas políticas y económicas del Estado, esta fundación centralizante creó las condiciones que, al mismo tiempo, sustentaron el camino hacia la democracia política y limitaron su desarrollo. A partir de Gómez, el Estado se convirtió en el centro del poder político y económico. Los recuentos oficiales han ocultado hasta qué punto el Estado democrático descansa sobre bases construidas durante este régimen, y el hecho de que deba negociar las tensiones subyacentes derivadas del origen público de la riqueza del Estado y el carácter privado de su apropiación. Este capítulo muestra que, si bien como sostiene Anderson, el imaginario nacional se apoya en parte en medios de comunicación como el capitalismo de la prensa, también depende de la materialidad misma de la nación como hábitat dispensador de vida, de modalidades divergentes de configurar el metabolismo entre la sociedad y la naturaleza.

Durante el régimen de Gómez, cuando la riqueza nacional comenzó a ser sinónimo de su cuerpo natural, y en la medida en que diversos grupos sociales identificaron sus intereses particulares con los del país en la industria petrolera, el Estado empezó a representarse como el agente legítimo de una "comunidad imaginada" (Anderson 1991), formada por su propiedad colectiva sobre el cuerpo natural de la nación. Al representar la "democracia moderna" de Venezuela en oposición a la "dictadura primitiva" de Gómez, la democracia se desarrolló como antítesis de la dictadura: democracia y dictadura se tornaron las dos caras de la misma moneda petrolera. A pesar de las diferencias entre el gobierno de Gómez y los regímenes liberales constituidos en su contra, estos se conformaron como los Estados de una nación petrolera. Analizo cómo esta forma común se perfiló durante el régimen de Gómez y el periodo inmediatamente posterior, mediante el examen de la autoconformación de Venezuela en nación petrolera por intermedio de luchas democráticas contra el "atrasado" gobierno gomecista (me concentro en los debates

que tuvieron lugar en 1936) y la formulación de políticas sobre el petróleo (hasta 1943). El capítulo termina con una crítica del vaciamiento de la materialidad en algunas teorías sobre la democracia, mediante un comentario crítico sobre las obras de Claude Lefort y Slavoj Žižek.

En la parte II, mediante un análisis de varios golpes de Estado (1945, 1948, 1952 y 1958), examino cómo se ventiló la disputa entre regímenes dictatoriales y democráticos entre 1945 y 1958. En el contexto de una diversificación limitada de la economía interna, el Estado se convirtió en objeto de una intensa rivalidad política y en centro de las luchas económicas. De la misma forma en que durante el gobierno de Gómez el Estado, con fuentes independientes de riqueza, había sido la herramienta privatizada de un gobernante personalista, después pudo tornarse herramienta sectaria de un partido democrático. La tensión entre el origen natural de la riqueza colectiva y finita de la nación, y el destino privado de su apropiación social, dio contornos a la disputa democracia / dictadura entre 1945 y 1958.

Mediante el examen detallado de la orquestación práctica y la representación pública de estos golpes, reviso cómo el Estado se construyó como el lugar central del poder político. En el capítulo 3 analizo cómo este papel se conceptualizó durante el proceso que condujo a la consolidación de la dictadura de Pérez Jiménez. Amplíe este análisis en el capítulo 4 examinando la imagen del progreso de este dictador. En primer término, presento un panorama general de las consecuencias contradictorias de sus políticas económicas, que mientras promovían la diversificación económica limitaban su ulterior desarrollo; e ilustro este proceso por medio de un análisis del desarrollo siderúrgico. Las políticas contradictorias de Pérez Jiménez hicieron que el capital local se volviera contra el régimen y formara una alianza con los partidos de la clase media que condujo al golpe de Estado de 1958. En el capítulo 5 examino la orquestación del 23 de Enero, considerado por muchos como el momento fundacional de la democracia venezolana, la más estable y duradera de la América del Sur.

Estos tres capítulos ubican la construcción de la democracia venezolana en el contexto de debates recientes sobre los procesos mundiales de democratización, en los cuales figura como un caso ejemplar. Sostengo que las características "políticas" a menudo invocadas para explicar la estabilidad y el éxito de la democracia local -la supuesta vocación democrática, las capacidades de negociación y las aptitudes de aprendizaje de los líderes- también deben ser objeto de una explicación. Mi análisis de los discursos fundacionales de la democracia en la parte I, y de la dinámica de las

clases y la formación del Estado en la parte II, trata de brindar una explicación de las condiciones que han permitido y limitado la democracia en Venezuela.

En la parte III analizo la consolidación del petroestado durante el periodo de auge petrolero de la primera presidencia de Carlos Andrés Pérez (1974-1979). Mientras que en los centros metropolitanos la cuadruplicación de los precios del petróleo, a fines de 1973, produjo visiones de declinación política y económica, en Venezuela, al igual que en otras naciones productoras, dio lugar a la ilusión de que una modernización instantánea estaba al alcance de la mano, y que torrentes de dinero provenientes del petróleo cambiarían el curso de la historia y lanzarían al país hacia el futuro. Pérez propuso transformar la bonanza petrolera en un vasto proyecto para desarrollar el país en una escala sin precedentes y a toda velocidad, y lograr, en efecto, dar un salto hacia la autonomía. Si Simón Bolívar había encabezado la nación en su marcha hacia la Independencia merced al triunfo sobre España en la batalla de Carabobo en 1821, Pérez proponía ganar la batalla decisiva por la independencia económica de la nación.

En tres capítulos examino el proyecto de transformación nacional de Pérez y su plan para "sembrar el petróleo". En el capítulo 6 estudio su intento de desarrollar la industria automotriz mediante la producción de "vehículos completamente venezolanos" (esto es, completar la producción nacional de vehículos) y la lucha política que siguió a ese intento, conocida como la "guerra de los motores", cuando el Gobierno negoció con las empresas automotrices transnacionales y los capitalistas nacionales la producción local de motores para vehículos. El proceso de negociación, que aparentemente versaba sobre temas técnicos, se convirtió en un espacio para la oposición a las metas de desarrollo existentes y para la realineación de las fuerzas políticas en el seno de la alianza política gobernante. Las demoras en las decisiones de políticas, causadas en apariencia por un conflicto entre la estrategia de promoción de las exportaciones y la de sustitución de importaciones para desarrollar la producción nacional, ocultaba una reorientación subyacente de la estrategia global de las empresas automotrices transnacionales, así como un conflicto nacional crónico, intensificado por el auge petrolero, entre la producción de valor y la apropiación de la renta. Los debates internos de política reflejaban la tensión entre el predominio social real de la circulación de la renta sobre la producción de valor, y la necesidad política de disfrazar esta práctica dominante del sector de negocios y presentar al Estado y a la burguesía como adalides de la producción y de la autonomía empresarial. Mientras que el capítulo sobre la guerra de los motores analiza la incapacidad para poner en

práctica la política de producción nacional de vehículos, el siguiente examina la corta vida de Fanatracto, una compañía auspiciada por el Gobierno y propiedad conjunta del Estado, una empresa transnacional estadounidense y un conglomerado nacional. Desde 1936 la consigna de "sembrar el petróleo" ha expresado de modo metafórico la política estatal de utilizar los recursos provenientes del subsuelo para financiar la producción industrial y agrícola moderna. La creación de una fábrica de tractores se entendía como un medio para fomentar tanto la industria como la agricultura y, por tanto, se convirtió en una de las expresiones más altas de ese objetivo. Fanatracto nació en medio de gran promoción y gastos, pero fue abandonada silenciosamente tan pronto como se construyó, y se le dejó morir. En este capítulo analizo la insólita historia de Fanatracto e intento explicar su desaparición como resultado de rivalidades en el seno del Estado y de las orientaciones contradictorias de sus accionistas en lo relativo a inversiones productivas.

A diferencia de estos dos estudios del campo productivo, el capítulo 8 explora el asesinato de Ramón Carmona, un abogado ametrallado en las calles de Caracas a la luz del día. El debate público sobre este asesinato durante la campaña electoral de 1978, reveló la existencia de una vasta red de transacciones formales, informales e ilegales que vinculaban a través de varios acuerdos de negocios a una amplia gama de actores que iban desde inmigrantes pobres hasta el presidente y su amante. Mientras que mi análisis sobre la guerra de los motores y la muerte de Fanatracto señala cómo el predominio de la circulación de la renta sobre la producción de valor erosionó los esfuerzos productivos, con el caso Carmona exploro la lógica interna del sistema de circulación de la renta después del auge petrolero de 1973, cuando los ríos de petrodólares que fluyeron a lo largo del cuerpo político cambiaron su forma al redefinir criterios normativos y proyectar en el escenario público como normal y deseable el rostro ilícito de la actividad estatal.

Estos tres capítulos muestran cómo la tensión entre circulación del dinero proveniente del petróleo y producción de valor que subyace al capitalismo rentista de Venezuela, se vivió y expresó concretamente en las acciones cotidianas de diferentes actores sociales. La circulación de torrentes de dinero proveniente del petróleo no solo erosionó la actividad productiva y estimuló la diseminación de la especulación y la corrupción financieras, sino que también facilitó la concentración del poder en los más altos niveles de gobierno. A su vez, los poderes extraordinarios del presidente alentaron un estilo vertical de diseño de políticas que a menudo condujo a acciones arbitrarias y contradictorias, y que minó las prácticas democráticas.

En la parte IV analizo acontecimientos posteriores y hago algunas observaciones generales sobre el arco histórico que cubre este libro. En el capítulo 9 muestro brevemente cómo la hegemonía creciente del capital internacional (incluido el capital nacional internacionalizado) ha conducido a que el mercado desplace al Estado como el lugar predominante de las acciones lucrativas y como la fuente legitimadora de las categorías en cuyos términos se define la vida pública. El capítulo 10 arroja luz sobre este desplazamiento al subrayar la lógica social de la transformación histórica analizada en el libro, y se concentra en los procesos gemelos de globalización y abstracción que han acompañado a la transustanciación del petróleo en dinero. Sostengo que si la circulación de petrodólares a través de la economía nacional subordinó las estructuras productivas a la lógica de captación de la renta, ahora la circulación de petrodólares y de dinero de la deuda en los circuitos financieros internacionales ha logrado dominar a la economía nacional y determinar las condiciones en las cuales tiene que funcionar, obligando al Estado nacional a actuar en nombre del mercado abierto. La creciente abstracción de la fuente del poder estatal, que ha ido de la materialidad específica del petróleo como sustancia a la capacidad de intercambio general del dinero como equivalente universal, ha conllevado no solo un cambio de las formas del poder político y de sus representaciones fetichizadas, sino también un debilitamiento del Estado con respecto a la hegemonía en expansión del dinero internacional. Circunscribiendo la necesidad de reforma al ámbito interno, al "ajuste interno" que demanda ahora la doctrina neoliberal, en su nombre se promete modernizar la nación arrancándola del mundo de fantasía conjurado por el petroestado mágico y trayéndola al mundo transparente y racional del mercado libre.

En el prólogo de uno de sus muchos libros, Jorge Luis Borges (1978) alertó contra las largas introducciones. He decidido atender el consejo y no permitir que esta introducción sea mucho más larga que la suya -aunque quizás le tienda una trampa borgeana al lector y continúe con mis comentarios introductorios en el siguiente capítulo. He estructurado este libro como una serie de fragmentos que pueden leerse como unidades en sí mismas o como partes de un conjunto mayor, que es, a su vez, solo un fragmento de una historia laberíntica. No obstante, dos asuntos relacionados entre sí requieren un comentario en este punto: primero, la relación del libro con la crítica al eurocentrismo y, segundo, su concentración en el funcionamiento del poder en las "altas esferas" del Estado. El primero tiene que ver con mi intento de ver la

modernidad desde su fondo; el segundo, con mi decisión de echar una mirada sobre la historia de Venezuela desde la cima.

Gastos del Estado, 1900-1979 (en millones de bolívares)				
Presidente	Período	Precios Actuales	Precios de 1979	Promedio anual
Cipriano Castro	1900-1908	433	2.247	250
Juan V. Gómez	1908-1935	3.170	12.885	477
Eleazar López C.	1936-1941	805	8.833	1.606
Isaías Medina A.	1941-1945	1.798	6.905	1.534
Rómulo Betancourt	1945-1948	2.249	7.429	3.715
Rómulo Gallegos	1948	1.644	4.605	4.605
M. Pérez Jiménez	1948-1958	24.410	68.926	7.658
Wolfgang Larrazábal	1958	6.260	17.389	17.389
Rómulo Betancourt	1959-1964	32.384	84.307	16.861
Raúl Leoni	1964-1969	40.133	90.166	18.033
Rafael Caldera	1969-1974	59.920	120.210	24.042
Carlos A. Pérez	1974-1979	221.840	286.362	57.272

Fuente: Fundación Polar 1988-455.

Si bien puede resultar evidente que el punto de vista aquí presentado sobre la historia de Venezuela se nutre de la crítica poscolonial contemporánea, quizás no resulte tan obvio que lo hace vinculando obras recientes producidas a propósito del colonialismo de la Europa septentrional en Asia y África con una larga tradición caribeña y latinoamericana de reflexión crítica sobre el colonialismo y el imperialismo moderno.⁸ En buena medida, debido a la influencia de la crítica pionera de Edward Said al orientalismo, la crítica del eurocentrismo se ha centrado en las representaciones occidentales de sociedades no occidentales que estuvieron sujetas a la dominación colonial de Europa septentrional. Quizás los estudiosos que desarrollaron de modo más productivo esta crítica hayan sido los vinculados al Grupo de Estudios Subalternos de la India, que ha intentado refundar la historiografía hindú

⁸ Estas referencias incluyen figuras de la centralidad de José Martí, Fernando Ortiz, Fernando Henrique Cardoso, C.L.R. James, Frantz Fanon y Stuart Hall. Quisiera reconocer públicamente la influencia que también he recibido de autores no académicos provenientes de la literatura (p. ej., José Lezama Lima, Pablo Neruda, Alejo Carpentier, Gabriel García Márquez, Augusto Roa Bastos); las artes visuales (los muralistas mexicanos, el pintor cubano Manuel Mendive y los venezolanos Apolinar, Emerio Darío Lunar, Miguel Von Dangel y Jacobo Borges); y, no menos importante, la música popular, en especial la música del Caribe, la cual, gracias a Ortiz, considero una forma de transculturación que afirma la vida.

mediante una crítica de su dependencia de categorías eurocéntricas, compartidas no solo por la historiografía colonial, sino también por la nacionalista y la marxista. Este extraordinario logro colectivo ha ejercido una influencia significativa sobre quienes estudian otras zonas del mundo.⁹ Desde una perspectiva latinoamericana, que se nutre de una relación mucho más larga con el colonialismo y el imperialismo europeos, resulta perceptible la asunción por parte de esos autores de una clara separación entre Europa y el mundo colonial, aun cuando reconocen su constitución histórica mutua.¹⁰

Pienso que el análisis de la representación occidental de otras sociedades -el centro de *Orientalism* (1978), de Said- conlleva la necesidad de oponerse a esos constructos en tanto elementos de la autoconformación de Occidente como encarnación de lo moderno. Por tanto, desmontar el orientalismo supone que vinculemos y problematicemos más las dos entidades que están en el centro del análisis de Said: las representaciones orientalistas de Occidente y el Occidente mismo. Ello requiere reorientar nuestra atención: pasar del problema del "orientalismo", que se centra en la representación estereotipada del Oriente, al del occidentalismo, término con el que designo la relación entre la concepción implícita de Occidente y sus representaciones de las sociedades no occidentales. Esta perspectiva no supone invertir el centro del análisis de Oriente a Occidente, del Otro al Yo. Lo que intenta, al guiar nuestro entendimiento hacia la naturaleza relacional de las representaciones de colectividades humanas, es sacar a la luz su génesis en relaciones de poder asimétricas, que incluyen el poder para velar su génesis en la desigualdad, cortar sus conexiones históricas y, por tanto, presentar como atributos

⁹ V. el ensayo bibliográfico de Cooper con respecto a África (1994) y de Mallon con respecto a América Latina (1994).

¹⁰ Aunque los estudiosos adscritos a los estudios subalternos han utilizado de manera productiva esta separación entre Europa y el mundo colonial, su empleo conlleva el riesgo de reinscribir las asunciones imperiales que subyacen en el esquema de los tres mundos (para una crítica de este esquema, v. Pletsch 1981). Por ejemplo, Chakrabarty plantea que la historia europea funciona globalmente como la clave para interpretar la historia del Tercer Mundo, y para ello invoca la famosa analogía de Marx entre la biología evolutiva y el desarrollo social (su idea de que igual que la anatomía humana es la clave para entender la anatomía del mono, las categorías abstractas de la sociedad burguesa son la clave para entender las sociedades anteriores) (1992: 3-4). Esta clave solo se aplica a las sociedades contemporáneas si no ofrecemos resistencia a la negación imperial de su carácter coetáneo, lo que hace que parezcan mantener entre sí una relación evolutiva y no admite que coexisten lado a lado (contra Fabian 1983). El argumento de que "un historiador del Tercer Mundo está condenado a conocer Europa dado que es la cuna de lo moderno" (Chakrabarty 1992: 19) revela, pero también confirma, el papel ideológico de Europa como la clave indispensable para comprender la realidad interna del Tercer Mundo. Aun cuando Chakrabarty analiza la efectividad de esta división ideológica entre Europa y sus Otros, el lector puede muy bien preguntarse si la aceptación de esa división no supone el riesgo, al mismo tiempo, de reinscribir la idea de Europa como civilizada ("la anatomía humana") y del Tercer Mundo como salvaje ("la anatomía del mono"). He preferido tomar como punto de partida el concepto de transculturación de Ortiz, tanto para problematizar la separación entre Primer y Tercer Mundo como para poner en tela de juicio la idea de Europa como la patria de la teoría (1995).

internos e independientes de entidades cerradas en sí mismas lo que son en realidad resultados históricos de pueblos relacionados entre sí. El occidentalismo, tal como lo defino, no es, por tanto, el reverso del orientalismo, sino su condición de posibilidad de existencia. Si bien cualquier sociedad puede producir representaciones estereotipadas de la diferencia cultural como parte de su propia autoproducción, lo singular del occidentalismo es que conlleva la movilización de representaciones estereotipadas de sociedades no occidentales como parte del autodiseño de Occidente como poder imperial. El occidentalismo es inseparable de la hegemonía occidental, no solo porque como forma de conocimiento expresa el poder de Occidente, sino también porque establece un vínculo específico entre conocimiento y poder en el Occidente.

De esta forma, el occidentalismo es la expresión de una relación constitutiva entre representaciones occidentales de la diferencia cultural y el predominio global de Occidente. Plantear un reto al occidentalismo demanda desbancarlo como modo de representación que produce concepciones polarizadas y jerárquicas de Occidente y sus Otros y hace de esas concepciones figuras centrales en los recuentos de las historias global y locales mediante una serie de operaciones: la desagregación de sus historias relacionales; la conversión de la diferencia en jerarquía, la naturalización de esas representaciones; y, por tanto, la intervención, aun sin intención, en la reproducción de relaciones asimétricas de poder.¹¹

De lo dicho hasta aquí debe ya resultar evidente que este libro explora la historia de Venezuela mediante una mirada a los centros cimeros del poder político. Ese tipo de historia comparte el problema de las historias "de arriba hacia abajo", aun si trata de ubicar ese "arriba" en el seno de un complejo conjunto de relaciones y de verlo desde los márgenes. Una limitación obvia es el acceso restringido que tiene la mayoría de los analistas a lo que a menudo es un escenario social poderoso, excluyente e infestado de secretos. No obstante, el riesgo mayor es el de verse atrapado "arriba" por los rigores del trabajo y las complicidades osmóticas del poder, con el resultado de que los sectores subordinados desaparecen de la vista o permanecen como sombras en el trasfondo. Cuando ello sucede, el análisis, inconcientemente, tiende a reinscribir la arrogante mirada desde la cima y a reproducir su autoproclamada universalidad y su desinterés básico por las vidas y las formas de conocimiento de los sujetos subalternos.

¹¹ Desarrollo este punto de vista sobre el occidentalismo mediante una elaboración a partir de la obra de Said que se apoya en una evaluación crítica de tres modalidades de representación occidentalistas. Para una importante contribución al análisis de la formación mutua de Europa y sus colonias, v. Cooper y Stoler (1989).

Si bien me he concentrado en una mirada desde las imponentes alturas del Estado, he tratado de brindar una perspectiva de los de abajo, desde adentro y también desde afuera. Producir este libro mientras trabajaba con sectores populares de Venezuela, iba y venía desde Estados Unidos y tenía en mente a lectores venezolanos y de otros países, me alentó constantemente a emplear perspectivas cambiantes, a rastrear los vínculos entre formas de poder locales y globales, y a ver el Estado como dominante y dependiente, incluso como subalterno.

Al contrario de algunas taxonomías esencialistas de lo subalterno, considero el concepto de subalternidad como relacional y relativo, y que hace referencia a actores sociales heterogéneos que comparten una condición común de subordinación. Entiendo que hay tiempos y lugares en los que aparecen en el escenario de la historia como sujetos subalternos que, en otros tiempos y lugares, desempeñan papeles dominantes. Más aún: en cualquier tiempo y lugar, un actor puede ser subalterno en relación con otro, y al mismo tiempo dominante con respecto a un tercero. Y, por supuesto, hay contextos en los cuales estas categorías no son aplicables. La subalternidad no define el ser de un sujeto, sino un Estado subordinado del ser.¹² Sin embargo, dado que la subordinación prolongada tiene como efecto la fijación de los sujetos en posiciones de limitación, una concepción relacional de lo subalterno exige una visión doble que reconozca, en un nivel, un suelo común para diversas formas de subordinación y, en otro, la identidad singular de sujetos formados en mundos sociales específicamente acotados. Mientras que la primera óptica abre un espacio para establecer vínculos entre múltiples sujetos subordinados (incluido el analista que adopta una perspectiva subalterna), la segunda reconoce los efectos diferenciadores e intransferibles de modalidades específicas de subordinación).¹³

Desde una perspectiva subalterna abordo en este libro la formación del Estado venezolano en el contexto de la producción histórica de la modernidad subalterna de

¹² A partir de la tipología de la cual se sirve Guha para clasificar a los sujetos subalternos y dominantes, Spivak centra su trabajo en el sujeto subalterno con menos poder para desarrollar su tesis sobre la subordinación como actor político del sujeto subalterno, o, dicho con sus palabras, su incapacidad para "hablar". En una crítica de su argumentación central, tomo los sujetos subalternos intermedios de Guha para desarrollar una concepción relacional de la subalternidad que utilizo para analizar las transformaciones del Estado venezolano en 1989, cuando sus líderes populistas se convirtieron en defensores del programa de austeridad del FMI (1994; 2000).

¹³ Este cambio de lo que entiendo por subalternidad, que difiere de lo que significaba para mí el término en trabajos previos (1994), le debe mucho a algunos debates que sostuve con miembros del Grupo de la Playa del Latin American Subaltern Studies Group de Puerto Rico (marzo de 1996), y especialmente a la insistencia de Josefina Saldaña en la alteridad radical de los sujetos subalternos y a la sugerencia de Alberto Moreira de que empleáramos un "registro doble" en nuestro acercamiento a lo subalterno.

Venezuela. Para el tratamiento de la dominación y la subalternidad como caracterizaciones relacionales, me ha resultado productivo en ciertas situaciones observar el Estado neocolonial en lo que tiene de permeado por relaciones de subalternidad, sin olvidar su considerable poder ni su diferencia con actores subalternos sujetos a formas más absolutas de subordinación. Al desagregar categorías homogeneizantes en sus formas históricas relacionales, una perspectiva subalterna brinda la base para una crítica general del poder en sus formas múltiplemente fetichizadas. En lugar de organizar mi recuento en términos de narrativas que presentan al Estado como un agente soberano y central en la transformación de la nación de la tradición a la modernidad, tomo esas narrativas como mi objeto de análisis.

He tratado de no olvidar que el proceso de formación del Estado venezolano forma parte de un proceso global de modernidad que reclama para sí una universalidad, una racionalidad y una moralidad que dependen de la subordinación, la exclusión o la destrucción de formas alternativas de sociabilidad, racionalidad y valores (Chatterjee 1993). Como las narrativas de la modernidad se han construido sobre la base de exclusiones y negaciones, he tratado de prestar atención a las operaciones ocultas que seleccionan y naturalizan la memoria histórica, al filtro que crea las memorias nacionales y global, y a sus respectivas formas de amnesia.

Aunque la antropología se ha detenido a las puertas del estudio del Estado, paradójicamente me preparó para abordar algunas de las tareas que he enfrentado en este libro. Las unidades de estudio usuales de la antropología son los pueblos subordinados o subalternos: los Otros de Occidente, y, en el seno de Occidente, sus comunidades o subculturas marginales. Comencé a elaborar esta obra en la Universidad de Chicago, a manera de esfuerzo para lograr que la antropología superara sus límites legítimos previamente establecidos. Es un lugar común de la antropología política que el antropólogo "tiene una 'licencia profesional' para estudiar las estructuras intersticiales, suplementarias y paralelas de sociedades complejas, esto es, las áreas grises periféricas que rodean lo que Lenin trató como las alturas estratégicas del poder soberano" (Vincent 1978: 176). Me propuse aceptar esta licencia y al mismo tiempo poner en tela de juicio sus límites, y centrarme directamente en el estudio de las alturas estratégicas del poder soberano. Al centrar mi atención en las zonas opacas de las decisiones estatales y corporativas que están en el corazón mismo de procesos que han conformado el mundo moderno, he tratado de preservar

la perspectiva unificante que ha distinguido a la antropología, así como la energía descentrante que anima esta obra.

La perspectiva descentrada desarrollada en el libro intenta establecer una posición que permita trascender la oposición entre lo universal y lo regional que subtiende a la modernidad occidental. El "descentramiento", igual que lo "pluritópico" de Mignolo (1995) o lo "policéntrico" de Shohat y Stam (1994) funciona como señal que expresa el deseo de llegar a modos de aprehender y construir la diferencia en la igualdad. Al adoptar esta perspectiva confío en no limitarme a ampliar las referencias geopolíticas de la modernidad, sino a trascender su horizonte conceptual. Como señala Dussel:

La "realización" de la modernidad ya no consiste en el paso de su encarnación europea abstracta a la "real". Hoy en día consiste más bien en un proceso que trascenderá a la modernidad como tal, en una transmodernidad, en la cual tanto la modernidad como su alteridad negada (las víctimas) se realizan mutuamente en un proceso mutuo de fertilización creativa (1993: 76).

En su libro *Petróleo - jugo de la tierra*, Juan Pablo Pérez Alfonzo, el arquitecto fundamental y posterior crítico de las políticas petroleras venezolanas, afirmó que "el petróleo es el más importante de los combustibles indispensables para la vida moderna" (1961: 83). Toda su obra se nutrió de un agudo sentimiento de que el petróleo era central para la conformación del mundo moderno, como fuente de energía que se agota y también como sustancia que se incorpora al mundo objetual de la modernidad, desde la ropa que usamos hasta los vehículos que nos transportan y las casas que habitamos. El petróleo ha contribuido a moldear un mundo muy estratificado y ecológicamente irracional cuya imagen es la de pueblos y cosas desvinculados, que comparten su separación unos de otros y de la historia que los engendró. Si la modernidad es un proceso que se caracteriza por la incesante, obsesiva e irreversible transformación de un mundo fragmentado en entidades separadas entre sí, entonces los efectos de la producción y el consumo de petróleo reflejan el espíritu de la modernidad.¹⁴ Susan Buck-Morss ha señalado que "Una construcción de la historia que no mire hacia adelante, sino hacia atrás, hacia la destrucción de la naturaleza material como ha ocurrido realmente, brinda un contraste dialéctico con el mito futurista del progreso histórico (que sólo puede sostenerse si se olvida lo sucedido)" (1995: 95). Si una visión subalterna del pasado -lo que Walter Benjamin llamó "la

¹⁴ Tomo este concepto de una conversación con mi amigo Jim Huey.

tradición de los oprimidos" (1969: 253-264)- se sostiene en la esperanza de un futuro sin subalternidad, la construcción que hace este libro de la historia de Venezuela trata de mirar adelante, hacia una forma de progreso que dé forma a esa esperanza.